



PÁG 2157

teatro

Pseudo musical, distracción simpática y olvidable

Comenta: PEDRO LABRA.
Obra: "Oliver".
Adaptación: Felipe Castro.
Director: Vasco Moulián.
Elenco: Claudio González,
Edgardo Bruna, Felipe Castro,
Jaime McManus, Marcela Solervicens, y otros.
Teatro de la Universidad Católica de Chile.

No cabe duda de que los gestores de este esfuerzo —su director y el adaptador— se propusieron claramente hacer un espectáculo; y lo lograron. Pero no les preocupó lo que iban a decir con él, lo que querían expresar. Está bien armado, distrae vista y oído, resulta entretenido y hasta simpático. El público lo recibe agradecido, porque es lo que quiere recibir en estos días.

Es un espectáculo multimedial, que se abre con un videofilm, bien realizado (aunque deja varias dudas de ambientación) e incluye proyección de diapositivas. Injertos audiovisuales que podrían no estar y no se echarían de menos; se inserta otro código, el cinematográfico, sólo para entregar antecedentes prescindibles. Agrega, claro, novedad sensorial a la puesta,

cuya ambientación —con hermosos diseños de Pablo Núñez en escenografía y vestuario— es de por sí seductora.

Ahora, seamos exigentes. Se apega más al "musical" de 1960, llevado al cine ocho años después, que a la novela y al espíritu de Dickens, en la cual se inspiró. Tiene canciones (tres temas, los más atractivos, tomados en préstamo de la partitura de Lionel Bart), bailes, destrezas de *music-hall*. Parece una comedia musical, pero no es más que una imitación, un sustituto subdesarrollado de ese género —de gran producción, con estructura, convenciones y requerimientos complejos y estrictos— y de un modelo que ya se hizo, muchísimo mejor. No se aprende a hacer una adaptación literaria ni teatro musical de la noche a la mañana.

Si el despliegue formal resulta tan endeble en lo dramático, es a causa de lo rudimentario de su texto básico, con situaciones y personajes de interés elemental que hacen progresar primariamente el relato. El protagonista pasa demasiado tiempo al segundo plano, de modo que la identificación y la emoción se hacen

humo; grave tratándose de un folletín. Así es que el pícaro Patrón —jugado gozosamente por Edgardo Bruna— se apodera del escenario por largos tramos.

Pero aún, la adaptación efectúa un forzado trasplante cultural al ubicar la acción en Santiago de Chile en 1910, lo que tampoco se resuelve en la puesta. Ver a personajes vestidos a la usanza de Londres hace 150 años bailando cueca, oírlos hablar con modismos actuales, desconcierta; cada alusión al Centenario de la Independencia o al terremoto de 1906, hace cortocircuito en lo que los teóricos llaman la "suspensión de la incredulidad".

Esta es, en definitiva, una obra sin conflicto dramático y sin tema; aquí la pobreza no es más que un dato anecdótico, desconectado de su realidad humana, social e histórica. Descontextualizada, no afecta ni apela a nada ni a nadie, resulta inocua e indolora. La pregunta de fondo es por qué se les dio apoyo cuando las experiencias teatrales en que jóvenes prueban cosas, sobran en nuestro medio. Si los teatros universitarios no



El pícaro Patrón, jugado gozosamente por Edgardo Bruna, se apodera del escenario por largos tramos.

se abocan al gran teatro, respaldando la solvencia del oficio y el rigor creativo, entonces ¿quién?

la segunda 14-V-1907 P. 74

Pseudo musical, distracción simpática y olvidable [artículo]

Pedro Labra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Labra Araya, Pedro

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pseudo musical, distracción simpática y olvidable [artículo] Pedro Labra. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile